

Las nuevas formas del debate público: ¿Una reconfiguración del espacio público democrático?

Jean MOUCHON*

La observación del debate público en la televisión habla extensamente sobre la "salud" democrática de un país. No es pues asombroso que una parte importante de las investigaciones sobre los medios de comunicación de masa sea conducida en este sentido. Pero, a menudo sensible a las manifestaciones más visibles, muchas de entre ellas traducen la fascinación por los trucos de los candidatos en las campañas electorales o por la puesta en forma de la comunicación institucional de los Gobiernos. Desprendiéndonos de unos a priori que por mucho tiempo justificaron las peleas de las escuelas, entre los que tenían el enfoque de los efectos, a menudo considerados como negativos para la regulación democrática, y aquellos portadores de una visión más encantada, celebrando los espacios de libertad de los receptores, ambos permanecen sometidos a la apariencia inmediata de las formas de visibilidad establecidas sin situarlas en el seno de la combinatoria compleja del espacio público contemporáneo. Tomando como objeto de estudio prioritario las manifestaciones dominantes del momento, ellas ceden a la mirada de los comunicadores que creen posible superar el debate social nutrido por las contradicciones de intereses necesariamente pregnantes de la esfera política. Pero, a pesar de la profesionalización creciente de la comunicación, en la estricta lógica del marketing, una gran parte de la población manifiesta su desconfianza ante esta definición reducida de lo político. La baja repetida de la participación electoral o los cambios brutales de la mayoría política en estos últimos años traducen el desorden del electorado. Lo constante se manifiesta con evidencia, pero su interpretación sigue

| 9

* Profesor Titular. Université Paris X. Département des sciences de l'information et de la communication. Directeur du CRIS.

siendo problemática. Si es tentador allí ver inicialmente una marca de despolitización común en todas las democracias liberales, esta visión aparece rápidamente como demasiado reductora. El agotamiento de algunas formas tradicionales de la representación política va en conexión con la aparición de nuevos métodos de intercambio en la esfera pública. La evolución de los dispositivos en las emisiones de debate televisado, marcado por la redistribución del papel de los actores y la redefinición de los temas abordados, lo comprueba diariamente. El marchitamiento del debate entre los actores políticos, figuras emblemáticas del espacio público en democracia representativa, se acompaña de un empuje desbordante de la palabra ordinaria en los talk shows. Fácil de constatar sobre la mayoría de las cadenas generalistas, este fenómeno no se limita a la esfera televisiva. Se traduce bajo otras formas y en otros espacios. El ámbito médico, por ejemplo, muestra una reconversión similar. Negándose a ser confinados en la posición sometida de paciente, los enfermos se organizan en asociaciones y se hacen oír como actores de pleno derecho frente al personal que se ocupa de sanarlos y de los responsables de la política de salud. El SIDA desempeñó un papel pionero en este desbloqueo del legendario cerrojo médico. Sin duda informado por esta dinámica, el poder político abrió a su alrededor nuevos espacios de debate con la esperanza de obtener propuestas consensuadas por parte de los miembros de la sociedad civil. Para tratar de algunas cuestiones sensibles que dividen a la sociedad (nacionalidad, integración, laicidad...) o para pronunciarse ante las incertidumbres generadas por el desarrollo de algunas tecnologías (tecnologías del viviente, en particular), se establecen comités de reflexión en torno a personalidades reconocidas a la vez por su competencia y por la "altura" de su posicionamiento frente a la divergencia a priori y a los prejuicios (Alto Comité para la Integración, Comité nacional consultivo de ética...). Se constata, entonces, un movimiento de retirada parcial del actor político previo a la toma de decisión. Esta manera de hacer insta un nuevo método de gestión de los problemas difíciles y valoriza una nueva forma del debate público. Señala la vuelta a la colectividad para tomar a su cargo las etapas obligadas de un proceso que va de la consulta política a la decisión final. La complejidad de los procedimientos invalida la ideología de la transparencia transportada por los profesionales del marketing, sin duda cegados por solicitudes que son objeto de los actores políticos siempre en búsqueda de protección. La evolución de la sociedad contemporánea parece señalada al contrario por una complejidad de las relaciones entre los distintos actores sociales según nuevos modelos que se elaboran a diario.

Esta contribución se interrogará sobre estas formas emergentes de liberación pública. Más allá de la heterogeneidad de las arenas donde se

despliega la palabra social, las tendencias “pesadas” son perceptibles tanto en los dispositivos de la televisión popular como en aquellos a priori más elitistas, en los círculos políticos o cenáculos científicos. Tratado sucesivamente, el recordatorio de los estudios llevados en cada uno de estos dos ámbitos tendrá por objeto situar las modalidades recurrentes de estas nuevas prácticas y situarlos en la perspectiva ampliada de una reconfiguración posible del espacio público. Una tercera parte, consagrada a la reflexión sobre las nuevas formas de compromiso colectivo, completará el cuestionamiento sobre las evoluciones del modelo y de sus componentes. No es increíble suponer, en efecto, que los signos de mutación constatados empíricamente traducen un movimiento de fondo que obliga a repensar al mismo tiempo todos los criterios de legitimidad de los actores, la construcción de las arenas de confrontación, la definición de las temáticas del debate público y el reconocimiento de los registros de palabra.

El síntoma televisivo

La evolución de la programación televisiva, desde la llegada de las cadenas privadas sobre las hertzianas y el peaje sobre las cadenas de cable o satelital, merece ser reexaminada, con el retroceso ha llegado a ser ahora suficiente. Numerosos autores han seguido el rastro y lo cotidiano de las evoluciones de las emisiones del debate en televisión; ellos han, así, puesto en evidencia períodos donde los dispositivos se sustituyen los unos a los otros, y donde el lugar simbólico de los actores se redefine (Coulomb-Gully, 2001; Mouchon, 1998 y 1999; Neveu, 1995; Verón, 1995). El tiempo de “La Hora de la Verdad”, en los años ochenta, donde la política hacía audiencia, en la primera parte de la tarde, en torno a la relación dual entre el protagonista político y el círculo limitado de los periodistas parisienses, señala el apogeo de un género que poco a poco se desconcha. La desprogramación, el domingo en la mañana o más en la tarde (“*Palabras cruzadas*”), el vestir espectacular (“*Los ausentes tienen siempre culpa*” sobre Canal Cinco) o la apertura a la vida privada de los protagonistas (“*Cuestiones a domicilio*”) no basta para encauzar el desinterés creciente de los tele-espectadores por las prestaciones redundantes, fijadas en su formalismo y en los protagonistas transformados en estrellas, pues ellas son objeto del desamor popular. Algunas tentativas de introducción de dispositivos más interactivos en las cadenas públicas (“*La Francia en directo*”, “*Directo*”) no llegan a devolver el interés por las formas televisivas de debate público. El sacar del juego televisivo a los magazines políticos no deja de suscitar reacciones y solicitudes de reintroducción de la programación, al menos en las cadenas públicas. Pero, llevados por la lógica de la competencia y la búsqueda

da máxima de audiencia, los responsables de programas responden sin rodeos "que son temas demasiado elitistas, sin emoción y que no hacen audiencia" (Perrine Fuente, *el Mundo*, 28/10/03). Este veredicto brutal, traducción de un realismo profesional marcado por el sello exclusivo de la rentabilidad económica, obliga a reflexionar más hacia atrás si se considera el punto de vista del interés colectivo. La evacuación del debate político de la tribuna televisiva es portadora de interrogaciones no tanto sobre la televisión como sobre la política y su percepción por el espectador/ ciudadano. Como fenómeno estructural, él obliga a hacer un balance de la degradación de la imagen de la cual esta esfera tradicional de la sociedad es víctima. Todas las investigaciones convergen, en efecto, para indicar que la pérdida de consideración registrada estos últimos años consigue ahora una verdadera desconsideración. La conjunción de varios motivos explican lo pesado de esta tendencia. La primera afecta a la credibilidad moral de sus protagonistas. El mundo de los hombres políticos en los países democráticos ha sido desacreditado por la condena de algunos de ellos en lo que es conveniente llamar "los affaires". Con la operación "*Manos limpias*", conducida sin concesión por los medios dirigentes, los jueces italianos han elaborado un estado de lugares poco relucientes cuyos efectos desestabilizantes persisten. Tanto más lejos ser una característica de un único país como se quiso pensar en primer lugar, para tranquilizarse, estas malversaciones afectan a la mayoría de las democracias e implican a veces dirigentes al más alto nivel. La revelación pública de una enormidad de intereses en juego, combinada a los obstáculos puestos al funcionamiento de la justicia por los que deberían garantizarle su independencia, alimentan un fenómeno de rechazo en adelante masivo. Este descrédito moral tiene efectos conexos en la medida en que mina la relación de confianza entre la política y los ciudadanos. La duda sobre la moralidad implica la duda sobre el valor de la palabra. Un verdadero léxico para calificar la palabra política se ha establecido estos últimos años. Experto en el arte de esquivar las cuestiones difíciles, el hombre político parece listo para utilizar todas las astucias para guardar el control de lo que quiere decir o no decir. Los "túneles", manera de enredar la palabra para esquivar una respuesta difícil, son particularmente temidos por los entrevistadores. En reacción, estos últimos no dudan en pedir a sus interlocutores practicar el "discurso verdadero". La palabra así puesta en duda pierde su valor de compromiso necesario al hombre político para aunar el verbo a la acción. Limitada a una retórica de esquivar, ella es percibida como el hablar verbal y altivo de una casta formada según el mismo modelo de las Ciencias Políticas o la Escuela Nacional de Administración (ENA). La sociología de los oficios -hombres políticos de primera fila, periodistas, editorialistas- con-

firma en todos los puntos la realidad de esta percepción que reúne en un mismo mundo cerrado a los participantes de la interacción política en la televisión. Sobre este fondo negativo las emisiones de caricatura han encontrado una materia de expresión. El éxito de los "Guignols de l'info" ha, así, acompañado a la progresión inexorable del descrédito del universo político tradicional. Los códigos de lenguaje, la duplicidad de los comportamientos, los apetitos de poder y la brutalidad de las rivalidades han nutrido diariamente la sátira de lo político, reducido a un espectáculo de marionetas. Pero, progresivamente, más allá de la risa, según cada episodio, es el status mismo de este universo quien se encuentra desvalorizado. El papel coagulante de la caricatura permite elaborar una verdadera sintomatología de la crisis de la política tradicional. Algunas tentativas de las cadenas públicas, como el magazine "la Francia en directo", han tratado de dar respiración a la interacción política, pero, ellas fallaron. Apostando con mucha razón sobre la reintroducción de la palabra ordinaria en los intercambios, sus diseñadores tropezaron con la organización del sistema político a la francesa. El dispositivo propuesto reproduce idénticamente la arquitectura francesa: geométrica, centralizada y aplicada a todos los ámbitos de la sociedad. El estudio, cabeza de puente del carácter central, reúne todas las palabras autorizadas esencialmente del círculo parisino, mientras que los en directo ponen en imagen la palabra ordinaria, confinada a un papel periférico. Así pues, y seguramente involuntariamente, se encuentran mostradas como en un espejo las diferencias de status y las jerarquías sociales. No es asombroso en estas condiciones que la gente al margen, sin embargo mayoritaria, no reconociéndose, se desvíe de la escenografía propuesta. Figura simbólica de desigualdad, el efecto negativo producido por este dispositivo añade el descrédito del universo político desvalorizado por el comportamiento de sus protagonistas y por el cierre de sus estructuras.

La demanda por otros dispositivos más de acuerdo con las expectativas de la gente se hace sentir, y como a menudo, la televisión comercial anticipa el movimiento: paralelamente con la casi desaparición de los magazines políticos, la subida de las emisiones de talk show se vuelve inexorable. Los analistas del mundo académico no parecen con todo tomar conciencia del fenómeno. Algunos, llevados por su mirada encantada sobre todo lo que alimenta las conversaciones en la ciudad, se complacen en comentar sabiamente los dispositivos en un movimiento de seguimiento; otros, siempre desafiantes, ven allí una prueba más de la perversión de la televisión comercial. En los dos casos, no se señala la dimensión sociopolítica de esta nueva expresión popular a gran escala. Solo algunos trabajos de sociología desgajados de todo a priori normativo aportan una mirada nueva hacia este nuevo

tipo de interacción propia de la televisión de masas (Mehl, 1996, 2003; Pasquier 2000). Considerado como la forma emergente de la "televisión de la intimidad", el género trastorna una serie de credos relativos a la jerarquía de la palabra en el espacio público. Representa la primera manifestación a gran escala del desplazamiento de las fronteras entre la esfera privada y la esfera pública. La redistribución de la palabra es total, en un movimiento que da visibilidad pública a la palabra ordinaria, expresión tradicionalmente limitada al espacio reservado de la vida cotidiana. El lugar central tenido hasta hace poco por los expertos se pone en entredicho. Los efectos son considerables tanto en el plano de los temas abordados como en la puesta en forma del discurso. En adelante, la expresión individual de los distintos problemas de lo cotidiano (sexualidad, conflictos en la familia o en el trabajo) encuentra una escucha colectiva en una clase de catarsis social a gran escala. Las emociones de unos encuentran eco en la experiencia de los otros. La palabra pierde la complejidad sabia, las formas intelectualizadas y la tendencia a la abstracción, consustancial al discurso hasta ahora considerado como el único legítimo. La puesta desnuda lo vivido en términos simples, comprensible a todos y sobre todo desgajados de los efectos discriminantes de la retórica académica. El nuevo discurso se juzga al unísono de su autenticidad experiencial: se afirma en el testimonio. Esta gran agitación traduce notables modificaciones en la configuración tradicional del espacio público según la definición dada por Habermas. Se abre a la dimensión de lo sensible, hasta allí refrendado por perturbar el libre ejercicio de la razón. Abiertamente expresadas, las emociones no son ya el objeto de reprobación, ellas son recibidas sobre el modo empático. El relato de vida participa, a su manera, conformando una forma de vínculo social contemporánea en las democracias de masas. Los fragmentos de realidad restituidos por el discurso hablan para todos, de manera infinitamente más accesible que en su formulación sabia. Una diferencia neta se hace hoy entre todo aquello que se encuentra miméticamente en lo vivido de su similares y aquello del responsable o administrador que tiene el papel en la sociedad de clasificar, formalizar y constituir expedientes. La puesta en fichero de la realidad es finalmente percibida como una visión reificada, llegando a ser cada vez más objeto de desconfianza. La mutación que se opera en los flujos cotidianos de la televisión afecta la arquitectura de los circuitos de la palabra en la sociedad. Ella traduce un movimiento tendencial de redistribución de la legitimidad que afecta a los diferentes actores de la sociedad. Desde este punto de vista, ella participa de un empuje fuerte de aspiración a más igualdad, planteada desde el inicio de los años noventa, y perceptible en la evolución de los dispositivos de magazines políticos (Mouchon, 1998). Sin embargo, la limitación de los temas abor-

dados, desde éstos intercambios a las “Confesiones sobre la pequeña pantalla” (Mehel, 2003), parecerían probar un abandono de la dimensión política en la interacción social. Es innegable que la dimensión psicológica prima, pero, sin embargo, ella no niega una visión más colectiva. El hecho de preferir estructuras de intercambio donde reina el compartir más bien que el modelo calcado de transmisión del modelo pedagógico tradicional, abre la vía a nuevas formas de definición y apropiación de las normas. El desarrollo de los temas llamados “de sociedad” en el discurso político muestran bien la importancia de ello. Lejos, entonces, de la doxa impuesta, las normas de la vida cotidiana se definen en lo cotidiano por la observación de la experiencia de los otros y por la liberación de la palabra, fuera de todos los a priori morales. El ejemplo de la familia reconstituida es significativo de esta redistribución abierta a una combinatoria llevada justo hasta lo impensable (por ejemplo, la familia monoparental que ha llegado a ser corriente en las parejas homosexuales, se implica hoy en una lucha por el reconocimiento del derecho parental). Signo de una toma de independencia del individuo en relación a los códigos impuestos por los antiguos colectivos, la familia, la religión o la escuela, este comportamiento asumido a gran escala constituye bien un cambio mayor en la manera de fijar los principios de regulación de la relación entre el individuo y la sociedad. Definidos colectivamente sobre el modo pragmático, no solamente ellos renuevan la relación entre el dominio público y el dominio privado, sino que de a poco, ellos participan en la constitución progresiva de una nueva arena de debate público con sus dispositivos y sus reglas. Como lo muestran los sociólogos precedentemente evocados, lo que aparece a primera vista como una inmensa moda introspectiva revela, en el hecho, un movimiento de fondo, significativo, de búsqueda contemporánea de identidad. El proceso opera de manera inventiva, apoyado en nuevas formas de discusión y creando nuevas formas de evaluación. La palabra por sí tiene valor de palabra para el otro, la recomposición se efectúa en un movimiento de braceo colectivo. La narración de lo vivido es finalizada en el sentido de una deliberación con sí mismo y con el otro, y tiene como objeto, en última instancia, fijar lo aceptable. Esta manera de construir su identidad se caracteriza por una navegación errática entre varias fuentes posibles de referencias. Procede por préstamos parciales y puntuales en fuentes heterogéneas. Algunos de los descubrimientos institucionales pueden ser mezclados a referencias individuales, consideradas como más en concordancia con las esperas y el deseo individual. El recurso sistemático al razonamiento basado en una racionalidad controlada se abandona en favor de una marcha más próxima a los placeres obtenidos por la escuela de hacer novillos que del rigor académico.

El movimiento concomitante de debilitamiento del intercambio político en la televisión, y la subida de las formas variadas de talk show popular, no es una forma degenerada de expresión de un medio preso en una lucha local por recoger la cesta financiera de la publicidad. Los signos que nos devuelve, a través de la creación de un nuevo género televisivo, tienen una dimensión socio-política innegable. Considerado en relación a nuestra interrogación central sobre el cambio del espacio público y sobre su significación, se puede decir que su grado informativo es el máximo de lo posible. En efecto, todas las categorías de análisis comúnmente validadas por los investigadores que trabajan sobre estas cuestiones son válidas: una nueva arena poco a poco se instituye, el abanico de los actores se amplía, cuando no es sustituido simplemente por un otro, los temas discutidos difieren sensiblemente de los reconocidos hasta entonces como pertinentes para la deliberación pública, la retórica empleada remite más al modelo narrativo que al de la argumentación. Además de su amplia paleta de aplicación, este movimiento opera como una avanzada decisiva en la definición de la democracia contemporánea. Los individuos reivindican más la igualdad, el hombre ordinario es preferido al experto. El cuadro siguiente muestra las distintas facetas de esta evolución rápida en la cual la televisión desempeña un rol revelador:

Televisión y mutación del espacio público

Del magazine político al talk show de gran audiencia:

Magazine político

- arena: dispositivo centralizado que reproduce la jerarquía social
- actores: institucionales, principio de celebridad
 - hombres políticos nacionales, editorialistas parisinos
 - principalmente masculinos
 - tímida apertura al hombre común, limitado en su palabra autorizada
- temas: política institucional, calco de las atribuciones ministeriales, rivalidad de los jefes
- retórica: formalismo, abstracción, razonamiento de índole general, palabra construida sobre el modelo de la escritura.

16 |

Talk show de gran audiencia

- arena: dispositivos simplificados, presencia igualitaria
- actores: la gente común
 - se borran las diferencias jerárquicas

reconocimiento de los pares
 rol restringido de los expertos
 temas: familia, educación, sexualidad, moral y tabúes
 exclusión de los dominios sociales, económicos y políticos
 retórica: simplicidad de la palabra, oralización, relato de vida.

No obstante, el hecho de que él no pone en juego más que la construcción identitaria individual, esta forma de interacción plantea la cuestión del lugar de lo social y de los valores colectivos. Para ver si se trata de un rasgo constitutivo de la nueva configuración del espacio público, es necesario salir del cuadro ficcional y abrir el análisis a situaciones de implicación en la acción pública.

El valor emblemático de los forums híbridos

El dominio científico constituye un segundo conjunto interesante para nuestra perspectiva. Dominio sujeto cada vez más a la imprevisibilidad de los descubrimientos, él tiende a convertirse en un ámbito de responsabilidad compartida. El ejemplo de las tecnologías de lo viviente habla de ello. Ellas no se refieren únicamente a la competencia científica pues sus efectos a largo plazo abren cuestiones de aceptabilidad ética que interpelan al conjunto del cuerpo social. Como lo dijo recientemente el profesor Sicard, Presidente del Comité Consultivo Nacional de Ética de Francia, "el embrión no es un problema médico, es un problema de la sociedad". El cuestionamiento del método de decisión reducido a la comunidad de expertos traduce el rechazo más general al sistema de delegación, fundamento hasta ahora de la democracia representativa. Algunos trabajos de sociología llegan hasta hablar de un doble rechazo, comparando el rechazo de la delegación en la esfera del conocimiento con el observado en la esfera del poder (Callon, Lascoumes, Barthe, 2001). En un movimiento concomitante ya investigado en los análisis anteriores, el experto fuerte en su saber y el político en su poder, ceden una parte de su poder en beneficio del profano y del ciudadano común. Ante la complejidad creciente de los problemas encontrados en la sociedad contemporánea, numerosas voces se elevan regularmente para llamar a la corresponsabilidad y a la pluralidad de los actores implicados en los procesos de toma de decisiones. La reciente crisis, que ha opuesto a los investigadores al Gobierno de Raffarin durante el invierno de 2003 en Francia, no puede ser interpretada sólo por las restricciones públicas financieras al presupuesto de la investigación o por el temor a la privatización de sus recursos. En nombre de la fundación "Ciencias ciudadanas", grandes cientí-

ficos (entre los cuales podemos nombrar al profesor Testard, aureolado por su éxito del primer bebé-probeta) no dudan en publicar una tribuna explosiva en el periódico *Liberación* (22 de enero de 2004) dónde señalan una de las fallas del sistema:

“Si el merchandising de los saberes es una amenaza, no escuchar a la sociedad civil lo es otro tanto”.

Para remediarlo, ellos llaman a la intervención de nuevos dispositivos de concertación lo más abiertos posible a la sociedad:

“El juego es, entonces, inventar otros dispositivos, como las conferencias de ciudadanos, quienes seguidos de un debate parlamentario, constituyan dispositivos creíbles de programación y de evaluación de las elecciones científicas y técnicas”.

Ellos aúnan, así, una corriente iniciada en los años ochenta por los dirigentes políticos para abrir los procesos de elección antes de tomar una decisión sobre las cuestiones difíciles. Sin embargo, poco inclinados por la cultura a compartir el ejercicio del poder, estos últimos tienen conciencia de que ciertas cuestiones vitales para el equilibrio presente o futuro obligan a consultar más allá de los círculos restringidos de las decisiones tradicionales. Ellos lo hacen con la preocupación de ir más allá de las posiciones partidistas, y tomar las decisiones más consensuadas posibles. En un primer tiempo, las instancias puestas en acto son constituidas por personalidades morales. Verdaderos comités de sabiduría son llamados a pronunciarse sobre los problemas éticos ligados al progreso de la medicina (Comité Consultivo Nacional de Ética, Francia 1983) o para proponer soluciones para resolver ciertos bloqueos de la sociedad, por ejemplo, la incapacidad duradera de integrar a los inmigrantes de África del Norte (Comisión Nacional de Nacionalidad, 1987, seguido del Alto Comité de Integración en 1990). Poco a poco, ellos abren la vía a otros dispositivos que implican una composición expandida de ciudadanos comunes. Algunos de carácter nacional, como la Comisión Nacional del Debate Público (1995), las Conferencias de Ciudadanos (1988) o los Estados Generales de la Salud (1988), se inscriben, a posteriori, en estructuras regionales y locales (Consejo de la Juventud en las Regiones o en Municipalidades o, en fin, los Consejos de Barrio creados en 1988 en las grandes aglomeraciones). La banalización de estas instancias actúa un doble cambio que se opera en la esfera política contemporánea. Ella hace eco a la presión de la población para ser asociada a la reflexión y a la decisión pública, al mismo tiempo que ella traduce la toma de conciencia por los hombres políticos de los límites de su campo de ejercicio y los riesgos incurridos en querer ignorarlos. Las experiencias llevadas en regiones testifican un real interés de parte de la población. Ellas pueden a su alrededor

generar experiencias nuevas como lo testifica la iniciativa tomada por la Municipalidad de Saint-Remy de Provence de organizar, recientemente, el primer referéndum de iniciativa popular en Francia. Para solucionar el desacuerdo que oponía a la mayoría municipal a su oposición, con respecto a la transferencia de una escuela primaria, la firma del 20% de los electores inscritos sobre los padrones electorales habrá permitido abrir el procedimiento democrático a quienes han hecho sus pruebas en Suiza o en algunos Estados Americanos. Por lo que se refiere a los problemas de vida cotidiana que afectan a toda la población, estos dispositivos deben garantizar la escucha recíproca y crear un clima de confianza cuando los conflictos de interés son interpretables a varios niveles. El ejemplo de la ampliación del puerto de Marsella propuesto por sus dirigentes es obviamente interesante a nivel económico en una región con fuerte tasa de desempleo, pero no deja de tener riesgos para el medio ambiente en un perímetro regularmente sometido a picos de ozono debido a la fuerte concentración industrial en torno al estanque de Berre. Las informaciones sobre el proyecto y sobre sus consecuencias en estos dos ámbitos son pues indispensables y deben alimentar un intercambio de argumentos abiertos y proposicionales. La Comisión particular del debate público (derivada específica del CNDP) ha sido guía en la puesta en práctica del procedimiento. Preocupados de conseguir su misión, sus responsables siguieron un protocolo estricto reportado en el diario de información distribuido en la zona geográfica interesada:

“Esta comisión organiza el debate y garantiza el buen desarrollo”. Este último debe referirse a la oportunidad, los objetivos y las características principales del proyecto. Para crear el debate, el CPDP decide los medios necesarios: difusión de expedientes, cartas de información, movilización de los medios de comunicación, organización de reuniones públicas, realización de un sitio Internet, et. El objetivo del CPDP consiste en favorecer los intercambios de argumentos entre las partes interesadas, de la autoridad que pone en marcha la comisión (y que financia todos los gastos del debate público), y de los habitantes, pasando por las autoridades públicas, los expertos y las asociaciones.”

Esta fase no constituye más que la primera etapa del procedimiento, la que se concluye por una toma de decisión pública realizada por la autoridad que ha puesto en acto la comisión. Después de haber recibido un acta, acompañada de un balance elaborado por el Presidente de la Comisión Nacional del Debate Público, este último *“dispondrá de tres meses para dar a conocer las consecuencias que él reservará a su proyecto, habida cuenta de las enseñanzas que habrá retirado de estos dos meses de debate”*. Francia, país tradicional de la decisión no concertada o incluso impuesta, parece bien comprometerse en

la vía de la corresponsabilización y del compartir las elecciones por una paleta ampliada de protagonistas sociales. En el ámbito de lo nuclear, se recuerdan aún las falsas concertaciones organizadas por los ingenieros de FED, pasando por fuerza a pesar de la oposición de poblaciones donde las centrales se instalaban. Puntas de lanza del decididor político preocupado de garantizar la independencia energética del país después del primer choque petrolero, ellos no podían concebir, entonces, una discusión o, aún peor, un cuestionamiento de sus expertos. Esta apertura relativa a la decisión sobre temas particulares es ahora reivindicada a propósito de temas más generales. Este fue el caso reciente respecto a la reforma de la salud pública. Iniciada por responsables ecologistas, la petición va justamente a evocar una “segunda revolución de la salud pública”. Los firmantes de este llamado fundan su análisis sobre la constante de que si *“la revolución higienista del siglo XIX era centralizada y a veces autoritaria, la próxima debe ser regionalista y ciudadana”* (Liberation, 15 de julio 2004). El principio sobre el cual se apoya la argumentación, como en el caso precedente, de aspiración emergente de responsabilidad colectiva y el compromiso compartido:

“Una verdadera ciudadanía de la salud está en construcción. Esta ciudadanía no puede existir más que si los asegurados eligen en plazos regulares a sus representantes en los organismos de la seguridad social. Las asociaciones de enfermos, de usuarios y víctimas del trabajo deben encontrar todos un lugar en la elaboración del sistema de salud y la evaluación de las prestaciones”.

Con un campo de aplicación ampliamente expandido a cuestiones nacionales concernientes a definiciones de políticas sectoriales y participando, desde allí, en los equilibrios futuros de la sociedad, esta nueva manera de proceder en el campo de la acción pública no puede hacer sus pruebas más que si ella reposa sobre protocolos bien establecidos. No es sorprendente que los modelos sean a menudo importados de los países de Europa del norte, donde la investigación de los consensos es tradicional. Es el caso de las “Conferencias de consensos” iniciadas en Dinamarca, y rebautizadas diferentemente según los países donde ellas son organizadas. Hay mucho que decir en términos de los implícitos culturales en estas diferencias de designación. La denominación “Conferencias de los ciudadanos” (Conférence de citoyens) escogida en Francia traduce un énfasis verbal tradicional, mientras que la denominación “Foros públicos” (Publiforums) de Suiza revela una mayor atención a la organización del buen funcionamiento democrático que a su puesta en palabras. Sin embargo el protocolo de desarrollo es parecido en cada uno de los casos. Él reúne, a partir de una elección aleatoria, un panel de 15 ciudadanos profanos en el dominio donde ellos son solicitados. Después de una sesión de información, ellos pueden plantear pregun-

tas a los expertos pertinentes. Al final, ellos escriben un informe escrito para presentar sus posiciones. El procedimiento privilegia, entonces, el punto de vista de los ciudadanos comunes. Este desplazamiento es evidentemente fundamental en la evolución de la historia democrática. Largamente anclado entre aquellos que saben y aquellos que no saben, entre quienes tienen el poder y aquellos alejados de él, la democracia ha funcionado hasta ahora al ritmo de coyunturas electorales, dejando a la buena voluntad los plazos de tiempo fuera de los períodos electorarios, permitiendo, así, a los decididores, tomar decisiones sin tener obligación de motivarlos. Varios factores pueden explicar esta evolución mayor, donde no se comienza, ahora, más que apenas a medir sus consecuencias. Ella traduce la elevación del nivel cultural de una extensa parte de la población (aunque los “niveles” de analfabetismo siguen siendo impresionantes en nuestras sociedades). Ello corresponde a los deseos cada vez más marcados de los individuos de ser actores de su vida, procediendo ellos mismos a las elecciones importantes (para su cuadro de vida, por ejemplo), y sobre otro plano, ello corresponde a una tentativa de respuesta pragmática a los desafíos del progreso científico y técnico susceptible de poner en juego los grandes equilibrios del planeta. Desde esta mirada, las inquietudes del público frente al cambio climático llegan a ser cada vez más grandes, se puede pensar que ellas serán determinantes en numerosas elecciones económicas del porvenir. La misma tendencia se encuentra en la esfera del marketing y del sondeo de opinión. La vanguardia, para justificar la elaboración de nuevos métodos de investigación de las reacciones del público, inicia el empleo sistemático de paneles de opinión para acompañar los cambios de comportamiento en el dominio del consumo, la lógica del marketing completa ahora el cálculo político en la previsión del voto político. Marcado de la misma manera, el sondeo deliberativo es así puesto a la orden del día en el campo de la investigación política en Estados Unidos con los trabajos de Fischkin y Luskin. Esta transferencia de método resulta del constante cambio de comportamiento de las opiniones y por contragolpe, de su imprevisibilidad. La imprevisión, lo inesperado, lo aleatorio parece ser una de las características mayores del mundo contemporáneo. Su efecto desestabilizante sacude las certezas, incluso aquellas fundadas sobre la racionalidad y la modalización lógica. El universo científico constituye evidentemente un caso de figura privilegiada para la observación del fenómeno y la tentativa de respuesta que a éste él aporta. Es en este contexto que los investigadores en ciencias sociales (sociólogos, juristas) han reflexionado respecto a la puesta en lugar de nuevos procesos de co-participación y de co-responsabilidad (Callon, Lascoumes, Barthe, 2001). Predicando el rechazo de la investigación limitada únicamente a la comunidad de los investigadores (Ile-

gan hasta llamarla “investigación confinada”), defienden la idea de su apertura a múltiples protagonistas sociales. El dispositivo que ellos proponen gira en torno al concepto de “foros híbridos”. Estos últimos, abiertos también a los expertos, a los hombres políticos, a los técnicos como a los profanos, los cuales son calcados del modelo “Conferencia de los Ciudadanos”: ellos colocan al profano en el centro del dispositivo. Las condiciones de su funcionamiento: modalidades de selección de los participantes, manera de trabajar y peticiones finales son un poco parecidas. Pero su proyecto es más ambicioso, ellos tratan de instaurar una “democracia técnica”, modelo exploratorio para refundar todo el edificio de la democracia contemporánea. El tiempo de las certezas es abolido, y deja a los actores buscar mundos posibles. La hipótesis subyacente es que la pluralidad de los participantes lleva automáticamente a una pluralidad de aproximaciones y permite explorar opciones diversificadas. Justificados así, los foros híbridos constituyen preciosos laboratorios. Por su dispositivo innovador, ellos sugieren un nicho a la crítica sobre los límites de la democracia delegativa:

“¿Cómo imaginar formas de consultas que den justicia a la diversidad de puntos de vista y de aspiraciones? ¿Se les inventa, probadas por sus propios protagonistas?”

Se trata, para los autores, de una verdadera transformación de los procesos de consulta de los ciudadanos, un poco más cerca de los problemas engendrados por la rapidez de los cambios producidos por la revolución científica y técnica. Lejos, sin embargo, de estar limitados a la ingeniosidad de su dispositivo, su concepción muestra una de las vías a tomar para transformar el espacio público deliberativo y adaptarlo a la realidad contemporánea:

“La eficacia de un procedimiento depende en definitiva de su integración más o menos fuerte en los procesos de decisión política. La fabricación progresiva de un mundo común y no la puesta en lugar de un espacio de discusión, tal es la única razón de ser de los procedimientos dialógicos”.

Esta concepción del mérito del procedimiento deliberativo no deja de ser objeto de críticas de parte de ciertos investigadores en ciencias políticas. Un reciente número de la revista *Politix* propone una síntesis clara y útil para el avance de la reflexión (*Politix* 57, dir. Loïe Blondiaux y Yves Sintomer, 2001). Su primera reserva concierne a la heterogeneidad de los dominios donde ella se aplica. Estos múltiples “rodeos deliberativos” no autorizan a pensar que se trate de una tercera vía constituida frente a lo “republicano” y al “liberalismo”. Sin embargo, ellos no niegan sus efectos positivos. Ellos reconocen que hacen posible la imaginación de soluciones nuevas por la integración de nuevos actores, que ellos incitan al “ascenso de la generalidad” por el hecho de que toman en cuenta una pluralidad de valores y cono-

cimientos (saber común y saber científico), y sobre todo que funda la legitimidad tanto en el plano normativo como en el plano fáctico. Pero, muchas críticas de fondo subsisten. La diferencia entre el ideal de inspiración y las situaciones reales los incitan a interrogarse sobre los lazos efectivos entre la deliberación y la decisión, así como en los límites de la difusión pública acordada a estos dispositivos participativos, o sobre la realidad de igualdad de palabra de los actores en un contexto donde la autoridad organizadora fija las reglas.

Si estas cuestiones parecen pertinentes en la fase aún experimental de desarrollo de estos procedimientos, es abusivo, desde nuestra perspectiva, llegar a la conclusión de que no se trata más que de formas renovadas de “técnicas organizativas de gestión de los conflictos sociales”. En la extensa agitación a la cual se someten las democracias, se puede más bien ver allí una de las tentativas para hacer frente a la desestabilización de sus fundamentos tradicionales. Pierre Rosanvallon resume bien el mecanismo:

“Nosotros pasamos poco a poco de una democracia “polarizada” a formas de “democracia civil” más diseminadas... es en la perspectiva de este cuadro que es necesario apreciar las mutaciones actuales de la democracia: si la democracia de elección se ha incontestablemente erosionado, las democracias de expresión, de implicación y de intervención, por su parte, se consolidan indiscutiblemente” (Le Monde, 20-21 de junio 2004).

¿Cuáles son las formas comprobadas de esta consolidación de la implicación y de la intervención de los individuos en un período donde las estadísticas relativas a la militancia sindical o política indican un movimiento inverso?

Cuestiones en torno a las nuevas formas de compromiso colectivo

La constante del alejamiento de las estructuras tradicionales del compromiso es unánime (2% de adherentes a un partido político y 8% en los sindicatos actualmente en Francia), pero implican ellas un alejamiento generalizado de todas las formas de compromiso colectivo? Varios índices ponen de manifiesto que no es el caso. Los “movimientos sociales” siguen siendo muy activos, como lo certifican las numerosas manifestaciones organizadas con motivo del debate parlamentario sobre la reforma de las jubilaciones en 2003. Las fuerzas vivas tradicionales de la militancia política y sindical se reencuentran aún en las acciones de protesta de gran amplitud, desde que el Gobierno o el patronato comprometen la reforma y afectan a puntos sensibles de la protección social. Pero, tendencialmente, las formas de organización que intentan imponerse son más fragmentadas. Sus acciones, más sectorizadas, conciernen también a la defensa de los sin-papeles como al

derecho al arriendo (DAL) o a la tentativa de reagrupamiento contestatario contra la cesantía (AC). Por una preocupación democrática fuertemente reivindicada por la base, las personalidades emergentes no tienen el status de dirigentes. La función de porta-palabra, función de sustitución, es al menos propicia para ser ocupada por los antiguos cuadros sindicales, por ejemplo Christophe Aguiton o Claire Villiers. Limitados en número de adherentes, estas organizaciones juegan con la visibilidad dada por los medios, organizando acciones de implicancias simbólicas, tal como la ocupación de la Iglesia Saint-Bernard por los sin-papeles, quedando en la memoria colectiva. Fuertes personalidades ocupan regularmente el escenario, llegando a ser figuras emblemáticas para los medios. Nuevos Asterix del mundo contemporáneo, José Bové en su lucha contra los OGM se ha mostrado en tren de arrancar las plantaciones experimentales o imágenes de mayor repercusión, desmontar en directo el Mac DO de Rodez para denunciar la mala comida. Su condena y la prisión que le siguen, contribuye a aumentar su penacho. Varios puntos comunes distinguen estas nuevas formas de reagrupamiento. Sus militantes comparten la misma desconfianza en relación a la rigidez y a la jerarquía tradicional de los partidos políticos o de los sindicatos. Se reencuentra allí, aún, la aspiración ya detectada de una refundición de la arquitectura de las estructuras de compromiso colectivo. Todo lo que procede de la organización vertical tiende a ser rechazado. La vida de las asociaciones lo atestigua de manera particularmente significativa. Tradicionalmente estructuradas en Francia a partir de escalones administrativos (local, departamental, nacional), ellas viven la gran desviación entre las actividades locales, siempre vivas, y aquellas desiertas de las instancias superiores. Las federaciones de padres de alumnos conocen este problema de manera particularmente aguda. La vida asociativa, aún muy fuerte, es motivada por el compromiso de proximidad, ella remite a satisfacer el despertar de los deseos, de las pulsiones y de todo lo que hace sentido al individuo. Se encuentran entre ellas numerosas actividades de expresión deportiva o cultural, y otros desarrollos de acciones caritativas y humanitarias. En este sentido, la fama de las ONG traduce la desconfianza creciente y compartida con relación a la eficacia de la política. Una vez más, la mutación observable mezcla niveles de estructuración y de proyectos muy diversos. Por otra parte, esta heterogeneidad no quiere decir que los movimientos en curso sean ilegibles. Se encuentran allí constantes llamados tal vez a lo que serán las características futuras y estabilizadas del compromiso colectivo en la era de la mundialización. Cada vez más puntual y circunstanciado, él no pone demasiado alto la barra de las expectativas. Él busca la eficacia sobre objetivos precisos, rápidamente realizables, y a menudo situados en un rayo de

proximidad. De este hecho los compromisos se renuevan, se cruzan, se suman en una aparente inestabilidad. Estas formas erráticas muestran bien el desuso en el cual ha caído el compromiso partidario. Una vez justificado por la pertenencia y las afiliaciones a las cuales se sometían los individuos, junto a las tradiciones familiares, religiosas o a la adhesión a un partido político, el compromiso tiende hoy a ser esencialmente un hacer individual. El individuo no se define más en colectivos localizables y perennes, él procede más por la pulsión, a menudo inspirada por reacciones emotivas. Nuevos rituales se establecen así. Al formalismo y a la prueba iniciática, impuesta de hecho para adherirse a las antiguas estructuras colectivas, sucede ahora una modalidad de reunión más espontánea, a la voluntad, a veces, de lo que propone el flujo televisivo. Es el caso típicamente de las retransmisiones deportivas que exaltan la fibra nacional o en las "marchas blancas", que protestan silenciosamente contra la violencia hecha a los niños. El asunto Dutroux, en Bélgica, inició el género que se reproduce en casi todos los asuntos de costumbres llevados a los telediarios. Este proceso, de carácter empresarial, toma la forma, para algunos sociólogos, de un proceso a largo plazo (Ion, 2001) donde "sufrirlo se transforma en actuar". La voluntad de asumirse en cualesquiera circunstancias, incluso en los casos difíciles de grave enfermedad, constituye otro rasgo de la redefinición de gramática del compromiso social. Los movimientos de enfermos, Act up, por ejemplo para el SIDA, contribuyeron ampliamente a renovar la relación entre los médicos y los enfermos y desempeñaron un papel importante en la lucha contra la estigmatización social. Detrás de estas acciones se manifiesta un cambio profundo de la relación del individuo al conocimiento. La crisis de la escuela con su modelo aún ampliamente impositivo se explica en parte por este movimiento de fondo. En adelante, el deseo de ser asociado a la producción de conocimientos, de ver reconocido el valor de la experiencia se convierte en una aspiración cada vez más compartida, en particular en las clases más jóvenes. El ideal educativo tal como se hereda del modelo de la escuela republicana está en declive en su expresión uniformada de uso para todos. La igualdad no es más un principio abstracto, se asume en situaciones concretas donde el individuo está solo para decidir si le concierne o no. El conjunto de estos comportamientos traduce una ruptura totalmente consecuente y totalmente rápida que obliga a reflexionar más allá de las apariencias para comprender su generalización. Mientras que la generación de los Treinta Gloriosos llegaba a la edad adulta en una sociedad donde "el ascensor social" funcionaba bien, y donde la adquisición de un título equivalía a un golpe seguro para la obtención de un empleo, la generación actual se somete a la escasez del trabajo, a su precariedad y, más grave, a la devalua-

ción del título que no garantiza ya automáticamente la promoción social. Todo comienza pues por una pérdida de la creencia en un futuro garantizado. En cuanto el mañana corre el riesgo de ser peor que hoy, la representación del tiempo se encuentra profundamente modificada. Se trata, "*menos de luchar por un mañana mejor, bajo el auspicio del progreso, que de conjurar nuevos riesgos que invaden (pobreza, saqueo del planeta, tensiones internacionales, terrorismo...*" (Ion, 2001). El motor de la movilización resulta de la toma de conciencia del riesgo, multiforme y generalizado a escala planetaria.

Los rasgos característicos de las nuevas formas de relación que articulan las dimensiones individuales y colectivas no tienen para nada el carácter de aleatorio. Su recurrencia permite elaborar un inventario que propone la matriz de una posible gramática del compromiso en la sociedad contemporánea, en oposición a aquella en curso en el período de los Treinta Gloriosos.

El cuadro siguiente desgaja los principales rasgos de esta evolución:

Las formas de compromiso colectivo:

A. En los Treinta Gloriosos

Estructuras: verticales, jerarquizadas partidos políticos, sindicatos, religiones
Modos de pertenencia: por tradición familiar o de cuerpo profesional por afiliación partidaria

Duración: longevidad y unicidad

Perspectivas: globales, efectos a largo plazo de combate con la primacía de la lucha de clases alrededor de un "Programa común" para cambiar la sociedad

Métodos de acción: manifestaciones anunciadas y controladas

B. En el período actual

Estructuras: horizontales, fuera de la jerarquía, asociaciones, movimientos sociales, ONG

Modo de pertenencia: poco a poco por reacción emotiva tanto como por análisis político

Duración: específicas y plurales

Perspectivas: limitadas al tiempo presente, preocupación del resultado rápido

Métodos de acción: golpes mediáticos, posible violencia, pragmatismo.

Conclusiones (inevitablemente provisorias)

El método utilizado para interrogarse sobre las mutaciones del espacio público se vincula “al carottage” consustancial a la investigación petrolífera. Situando empíricamente zonas de incertidumbre y de alboroto, decidimos explorarlos de manera un poco más sistemática. A la llegada, se sitúan algunas recurrencias en ámbitos al parecer distantes los unos de los otros. Ellas han permitido lograr convergencias a priori inesperadas, tanto en los comportamientos individuales como en las matrices de recomposición colectivas alejándose de los modelos de referencia clásicos a los cuales la sociedad se acostumbró durante numerosos años, en particular desde el período refundacional resultante de la Liberación.

Con todo, si es posible afirmar que lo que pasa diariamente bajo nuestros ojos no remite a movimientos incoherentes, queda que la refundación en curso aún no está estabilizada y que sus efectos a largo plazo son difíciles de prever. Sin ceder a la nostalgia de un pasado sublimado, se pueden no obstante tener en cuenta las cuestiones colocadas por algunos investigadores cuando se preguntan si “la intrusión de nuevos protagonistas, a veces intrastatales, en la deliberación pública, y si la desregulación del creer y de las instituciones con la deslegitimación de la política, no producen una forma de neo institucionalidad contraria a todos los valores centrales de la cohesión en una sociedad” (Etienne, 2001). En esta fase de la reflexión, solo la identificación de la encrucijada se establece con claridad.

Referencias bibliográficas:

- Beaud, S.; Pialoux, M., “*Violences urbaines, violence sociale*”, Paris, Fayard, 2003.
- Blondiaux, L.; Sintomer, Y., “L’impératif délibératif”, *Politix*, n° 57, Paris, 2002.
- Calon, M.; Lascoumes, P.; Barthe, Y., “*Agir dans un monde incertain*”, Paris, Seuil, 2001.
- Coulomb-Gully, M., “*La démocratie mise en scène*”, Paris, CNRS Editions, 2001.
- Etienne, B., “Les nouveaux lieux du politique”, entrevista con Christian Bromberger, *La Pensée de midi* n° 7, Marseille, 2001.
- Francois, B.; Neveu, E., “Espaces publics mosaïques. Acteurs, arènes et rhétoriques dans les débats publics contemporains”, Rennes, P.U.R., 1999.
- Ion, J., “*L’engagement au pluriel*”, Saint-Etienne, Presses universitaires de Saint-Etienne, 2001.
- Mehl, D., “*La télévision de l’intimité*”, Paris, Seuil, 1996.

Mehl, D., "La bonne parole. Quand les psys plaident dans les médias", Paris, La Martinière, 2003.

Mouchon, J., "*La politique sous l'influence des médias*", Paris, l'Harmattan, 1998.

Mouchon, J., "Les déclarations de candidature", *L'image candidate*, Groupe de Saint-Cloud, Paris, l'Harmattan, 1999.

Neveu, E., "Les émissions politiques à la télévision: les années 1980 ou les impasses du spectacle politique", *Hermès* n°17-18, Paris, 1995.

Sommier, I., "Les nouveaux mouvements contestataires à l'heure de la mondialisation", Paris, Flammarion, 2001.

Veron, E., "Médiatisation du politique: stratégies, acteurs et construction des collectifs", *Hermès* n°17-18, Paris, 1995.

Traducción: Rafael del Villar Muñoz.